

Hacia una existencia más fuerte

Giuseppina Grammatico
Universidad Metropolitana
de Ciencias de la Educación
Chile

Píndaro y el mito. Los vuelos pindáricos

Desde los años de la adolescencia, en que por vez primera fui introducida en el mundo maravilloso de la poesía griega, el tema del ascenso se asocia en mi espíritu a la figura del gran Píndaro, quizás a través de la conocida metáfora de sus afamados «vuelos». Estos, en realidad, estrictamente hablando, nada tienen que ver con la elevación del alma hacia las esferas sublimes de lo divino, y no obstante, mostrando la inadaptableidad del cantor a las normas corrientes del relato épico-lírico, atestiguan la potencia con que las imágenes míticas irrumpen en él en lo profundo, urgiéndolo hasta las más secretas fibras de su ser y obligándolo a arrojarse por encima de ellas, tras el ímpetu fogoso de su alma y de la realidad tal como se le presenta. El secreto de los «vuelos pindáricos» no es, pues, sino la adhesión incondicional del poeta al modo propio de las epifanías míticas, a su peculiar modulación y cadencia, a su agolparse galopante que deja sin aliento, borrando todo aquello que sabe a cotidianidad y rutina, y obligándolo a cercenar cualquier tipo de inútiles muletillas que sólo castrarían la fuerza arrebatadora de la mostración de lo divino. Un mitologema brota del mitologema que lo precede y se enlaza al que lo sigue, circulando libremente en el cuerpo sonoro del relato mítico, desglosándose, fragmentándose, estrechándose al todo sin pausas innecesarias, cortando casi la respiración del que contempla o escucha. El despliegue de la estrofa pindárica y el andar del relato mítico son uno y el mismo: ambos proceden por saltos y elisiones, de la manera más parecida posible a los vuelos del alma que nos es consentido experimentar mientras estamos ligados a nuestra corporeidad. El mito devela, en Píndaro, de manera espléndida, su vinculación, o mejor, su coincidencia con la palabra

originaria de la cual saca el nombre que lo identifica, aquella en que el ser se trasparente en su esencia plena y ardiente, sin dejar en la opacidad del olvido ninguna zona inaccesible y secreta: es misterio sin velos, sustancia «formosa», linfa o savia vital. Cantor del mito, Píndaro se deshace de todo aquello que podría empañar en su cantar esa transparencia y se hace, todo él, vehículo de transmisión de esa palabra. Es «boca de vate» (στόμα μάντεως), y en él el μῦθος late y se hace vida. Con la fuerza de toda existencia real, el relato despliega en vuelo sus alas. El tantas veces repetido adjetivo homérico «alada», aplicado a la palabra, no es aquí un simple recurso retórico, ni obedece sólo a razones métricas. Se ajusta a una realidad intrínseca y concreta. El μῦθος arcaico tiene alas. Píndaro asimila su voz a la naturaleza del ala, y su canto se libra en vuelo. Su propósito es traer a presencia, a modo de contrapunto de lo humano, la imagen viva de los dioses, o, más precisamente, de lo divino que en ellos se condensa y revela.

Inaccessibilidad de lo divino

El tema del ascenso remite, pues, de inmediato a una meditación sobre lo sagrado. La meta última de todo ascenso, en efecto, sobrepasa los límites que constriñen al hombre a lo terrenal, y abre ante él espacios infinitos. De esta manera, se enfrenta el ser humano con lo divino desconocido e inasible, soñando presenciar todas sus posibles epifanías, y su única tarea deviene la de encontrar un camino que lo lleve a él. La principal característica de ese camino, que termina siendo sólo de unos pocos elegidos pero que en principio está abierto a todos, es su extrañeza. Θαυματὰν ὁδόν, «vía maravillosa», lo llama Píndaro, refiriéndose al hecho de que lleva a un lugar extraordinario, que podríamos imaginar como una prefiguración del estado de bienaventuranza que lo divino conlleva dentro de sí: ἐλ' Ὑπερβορέων ἁγῶν.

Canta el poeta en la *Pítica X*¹:

«El cielo de bronce jamás será accesible² al hombre; sin embargo, éste llega a cumplir hasta la última travesía³, logrando toda la felicidad⁴ que el linaje mortal puede alcanzar».

Es aquí donde pone el ejemplo del país de los Hiperbóreos, del que traza un singular bosquejo:

¹ vv. 41-77.

² οὐ ποτ' ἄμβατος.

³ ἔσχατον πλόον.

⁴ ἀγλαίαις ἀπτόμεσθαι.

«Ni viajando por mar ni por tierra encontrarás el extraño camino que lleva al lugar donde los Hiperbóreos celebran sus festines. Junto a ellos una vez Perseo, conductor de pueblos, participó en el banquete ⁵. Entró en sus moradas y los halló sacrificando al dios ínclitas hecatombes de asnos. De sus continuas fiestas y ritos ⁶ mucho se regocija Apolo, que ríe al ver la extraordinaria lujuria ⁷ de esas bestias. La música nunca está lejos de sus aposentos; por doquiera se escuchan coros de vírgenes, tañidos de liras y sonidos de flautas; con las cabelleras entrelazadas de guirnaldas de laurel de oro, ellos celebran sus fiestas gozosamente ⁸. Ni las enfermedades, ni la funesta vejez atormentan a este linaje santo; viven lejos de fatigas y batallas, sustrayéndose a los castigos de la vengativa Némesis».

Vemos aquí, frente a frente, el «cielo de bronce, inaccesible» ⁹ y el «linaje mortal» ¹⁰ decidido a emprender, para alcanzarlo, esa hazaña suprema ¹¹ para la cual no sirven las naves ni otros medios de desplazamiento. Ella parece ser posible, para quien la emprende, sólo en la medida de la intensidad de su deseo de «tocar» (ἀπτεσθαί) el resplandor de lo divino y dejarse encender por él. De aquí el relato de Perseo, hijo de Danae y Zeus, una mortal y un dios, a quien la naturaleza heroica y la procedencia divina hacen merecedor de presenciar las festivas celebraciones junto con los miembros de esa estirpe santa ¹² y con el mismo gozo de Apolo, huésped habitual del lugar.

Píndaro insiste sobre lo extraordinario de esa presencia humana dentro del espacio sacro, y en la *Ístmica VII* ¹³ precisa:

«Aunque el hombre aspira a cosas grandes ¹⁴, es pequeño (βραχύς) para alcanzar el trono bronceo de los dioses».

No es, pues, suficiente el simple deseo. Es necesario que éste no refleje desmesura, no se resuelva en un querer desordenado y desviado que sepa a osadía y arrogancia y haga caso omiso de los límites impuestos por el destino. El ejemplo de Belerofonte, del que nos ocuparemos más adelante, señala claramente esa necesidad. Esto llega a ser un *leit motiv* en Píndaro, y lo corroboran los primeros versos ¹⁵ de la *Nemea VI*, en que, ante la tajante afirmación de la «nadeidad» de la raza humana, se yergue, sólida y segura como una declaración de principios, la de la estabilidad y eternidad

⁵ ἑδαίσατο λαγέτας.

⁶ θαλίαις ...εὐφάμιας.

⁷ ὕβριν ὀρθίαν.

⁸ εἰλαπινᾶζοισιν εὐφρόνως.

⁹ χάλκεος οὐρανὸς οὐ ποτ' ἄμβρατος.

¹⁰ βροτὸν ἔθνος.

¹¹ ἔσχατον πλόον.

¹² ἱερά γενεᾶ.

¹³ vv. 44-47.

¹⁴ μακρὰ παπταίνει.

¹⁵ vv. 5-7.

del linaje divino. Éste está simbolizado en la bella metáfora de «el cielo de bronce que permanece para siempre como morada incommovible de los inmortales», y alude a la inmensidad del poder que la estirpe de los dioses detiene en sus manos. Por lo demás, en oposición al categórico «el hombre es nada»¹⁶, tenemos en Píndaro el también categórico «el dios lo es todo»¹⁷, del fragmento 23, que no deja margen de duda acerca del pensamiento del poeta en relación con el tema.

Lo que nos une y lo que nos separa

Es en la primera estrofa de la *Nemea VI* -de la que ya hemos citado algunos versos- donde se expresa, en la forma más exhaustiva, la firme posición del poeta sobre la afinidad y diversidad de los dos linajes. Ella dice así:

«Una es la raza de los hombres, una la de los dioses¹⁸; una sola madre a unos y otros nos insufló el soplo vital¹⁹. Nos separa, sin embargo, la medida de la potencia que nos ha sido adjudicada²⁰, pues una, la de los hombres, nada es²¹ (mientras el cielo de bronce, sólido asiento (de la otra), permanece en eterno²² ».

El espesor de esa δύναμις asignada a ambas, en distintas proporciones, por un poder externo y absoluto al que podríamos llamar «Necesidad», sienta la diferencia. La δύναμις divina, al poseer la medida colmada, «cumple, como si fuese cosa ligera y fácil, incluso lo que está más allá de la esperanza y el juramento»²³, porque «el cumplimiento está en el dios»²⁴, y «nada es asombroso o increíble (θαυμαστόν, ἄπιστον), si son los dioses quienes lo llevan a cabo²⁵. No así la δύναμις humana.

A pesar de todo, sin embargo, el proceder de una misma madre atenúa el desnivel, y esto se devela de manera patente en los versos que siguen:

«En algo, no obstante, nos parecemos (los humanos) a los inmortales, ya en la grandeza del espíritu (μέγαν νόον) ya en nuestro natural modo de ser (φύσιν), si bien no somos desconocedores de la brevedad (ἐφαμερίαν) de nuestra vida afectada por irremedia-

¹⁶ τὸ μὲν οὐδέν.

¹⁷ τὸ πᾶν.

¹⁸ Ἔν ἀνδρῶν, ἔν θεῶν γένος.

¹⁹ ἕκ μιᾶς ματρὸς πνέομεν.

²⁰ διείργει δὲ πᾶσα κεκριμένα δύναμις.

²¹ τὸ μὲν οὐδέν.

²² ὁ δὲ χάλκεος ἀσφαλὲς αἰὲν ἔδος

μένει οὐρανός.

²³ τελεῖ δὲ θεῶν δύναμις καὶ τὰν παρ' ὄρκου καὶ παρὰ ἐλπίδα κούφαν κτίσιν. *Olímpica XIII*, v. 83.

²⁴ ἔν θεῶ γε μάν τέλος, vv.104-105.

²⁵ θεῶν τελεεσάντων *Pítica X*, v. 76.

bles carencias, ni sabemos conforme a qué norma o medida (στάθμαν) el destino ha establecido que recorramos nuestra trayectoria a lo largo del tiempo²⁶».

Estamos conscientes, pues, de que nuestros días están contados, pero, como las piezas del gran tablero del Aión-niño de Heráclito, no conocemos las reglas del juego en el cual nos vemos involucrados. El νόος -que podemos pensar como espíritu, mente, intuición o pensamiento-, a decir de Platón²⁷, «desdén el cuerpo en que está encerrado, y *vuela* midiendo las regiones que están situadas debajo de la tierra, las que están en la superficie, y los astros que están debajo del cielo». En cuanto a la φύσις, émbemáticos son para su comprensión los conocidísimos versos 94-97 de la *Pítica VIII*, que la ven toda ella condensada en su condición de «seres de un día (ἐπάμεροι)» y «sueño de una sombra (σκιάς ὄναρ)». Junto con la pertenencia a un linaje ilustre, que hace brillar (ἐπιπρέπει), aún en los últimos eslabones del γένος, el espíritu noble y generoso de los ancestros²⁸, sólo el resplandor de lo divino (λαμπρόν φέγγος), al posarse sobre los hombres, transfigura su doliente condición y ciñe de dulzura su débil y opaca existencia. Pequeñez y grandeza cohabitan en ellos, y caída y vuelo no son sino direcciones opuestas abiertas, una y otra, a su desplazarse por el eje de la ruta a lo largo de su caminar.

Camino de asombro

Al resplandor de lo divino y al común origen que hermana los hombres a los dioses aluden los testimonios de las laminillas órficas, por cierto no desconocidas al poeta, que hablan de una pureza y felicidad que, pese a la precariedad de la condición humana, el inflexible destino no puede borrar. Eran estas unas tablillas áureas, algo así como un «pasaporte para el más allá», que los iniciados en los misterios llevaban consigo después de la muerte.

«Soy hija de Tierra, la Grave, y de Urano estrellado -dice en una de ellas el alma, una vez admitida a la presencia de los guardianes del mundo de arriba-; estoy muerta de sed y desfallezco. ¡Denme luego el agua fresca que fluye de la laguna de Mnemosyne!»²⁹.

²⁶ *Nemea VI*, vv. 7-13.

²⁷ fragmento 121 de origen incierto.

²⁸ Φυᾶ τὸ γενναῖον ἐπιπρέπει...λήμα

Ibidem vv. 44-45.

²⁹ Laminilla de Hiponio.

Luego, dirigiéndose a Perséfone, reina de ese mundo, insiste:

«Vengo de los puros, pura. Me ufano de pertenecer a vuestro linaje feliz, mas la Moira me sometió, y me anonadó el rayo que me fue arrojado desde las estrellas. Volé lejos del círculo penoso que tan hondo dolor procura, y subí con mis pies veloces para alcanzar la deseada corona».

«¡Feliz y muy bienaventurada! -es la respuesta consoladora de la soberana- ¡Alégrate, tú que has padecido el dolor!... Cordero, has caído en la leche. De hombre te has vuelto dios»³⁰.

Otra vez, caída y vuelo; a lo largo de un camino que en Píndaro aparece esbozado en tres dimensiones: mística, la del alma que se empina hacia las alturas al concluir su estancia terrenal; agonística, la del atleta que, lograda la victoria, se arroja por la senda de la gloria; poética, la del cantor que, llamado a celebrar la hazaña, con altivez proclama lo sublime de su arte.

Precisamente aludiendo a la connotación simbólica de la *θauματᾶν ὁδόν*, en la *Olímpica VI*³¹, Píndaro, dirigiéndose al auriga de Hagesias de Siracusa -atleta de linaje sacerdotal que ha resultado vencedor en una carrera de carros-, retrata con palabras áulicas a las yeguas que tiraron el carro permitiéndole alcanzar primero la meta:

«¡Phintis! -es el nombre del auriga-, ponme pronto debajo del yugo a las yeguas vigorosas, para que en la senda sagrada³² pueda yo guiar el carruaje y llegar, primero entre los hombres, al linaje ancestral. Ellas mejor que todas las otras saben avanzar por este camino³³, pues obtuvieron las coronas en Olimpia; y para ellas conviene abrir de par en par las puertas de los himnos³⁴».

En la metáfora pindárica, el camino es puro, despejado, esplendoroso, asimilándose a la vez al ímpetu irrefrenable de las potrillas, veloces como alas, al corazón ardiente del héroe atleta deseoso de reunirse al *γένος* del origen que lo ampara, y al arrebato del cantor en quien las Musas, con su voz de miel (*μελίφθογοι*), insuflan el himno dulcísimo y alado. Le vemos encaramarse al infinito por rutas encantadas, hasta perderse en la inmensidad del espacio. Es, el suyo, un camino de asombro y respira santidad.

³⁰ Laminillas de Turi I y IV.

³¹ vv. 22-27.

³² κελεύθῳ τ' ἐν καθαρᾷ.

³³ ὁδὸν ἀγεμονεῦσαι ταύταν ἐπί-
στανται.

³⁴ πύλας ὕμνων ἀναπιτνάμεν.

Hacia una existencia más fuerte

Eι τέλος al que conduce este singular camino parece ser la experiencia real, y no solamente soñada, de un vivir que la muerte no corona ni trunca, dentro de un ἄπειρον *aiónico* al que ninguna frontera constriñe. Si hay una categoría mítica por excelencia, ésta es precisamente la de un τὸ κρείττον εἶναι, es decir, de una «existencia más fuerte», la que atañe de suyo a la estirpe santa. Y esa fuerza es su verdad, su bondad, su brillo, su densidad y su belleza. Su itinerario, necesariamente azaroso, responde a las severas exigencias de una purificación que es al mismo tiempo una iniciación. Quien lo emprende va despojándose en el andar de lo que es angosto y accesorio, templea su espíritu en las dificultades que se le presentan, y poco a poco se hace digno de ser acogido en un mundo colmado de bienaventuranza y resplandor. Alcanzar ese nuevo *status* está en directa relación con la pureza y el fervor de su deseo y con la alcurnia de su estirpe.

¿Qué puede entenderse en el marco del mito como *existencia más fuerte*? Lo fuerte se opone a lo débil; la «ex-sistencia» frágil y desarraigada, a la «sistencia», estancia firme, permanencia enraizada en el ser. El mito propone sus «parecencias» paradigmáticas como modelos a imitar para reconocerse en las formas de lo eterno. Las imágenes se yuxtaponen, superponen, enlazan, separan; huyen ante nosotros a velocidades impensables, o desfilan en cámara lenta para grabarse de manera indeleble en nuestras retinas. Son mitemas cargados de signos, de mensajes en clave, de sugerencias simbólicas, en fin, de mostraciones que requieren, de parte de quien las presencia, una actitud contemplativa y la capacidad de estremecerse de maravilla ante el misterio.

«A mí -repite Píndaro, convencido- nada me parece asombroso y tampoco increíble, si son los dioses quienes lo llevan a cumplimiento»³⁵.

Y aquí está el secreto. Ninguna categoría mítica se sostendría por sí sola, si no la sustentara la creencia en aquello que *fue* una vez antes, fuera del espacio y del tiempo, y *es* siempre, y a partir de lo cual esas coordenadas en que se engastan nuestras vidas regulan el despliegue del ser y sus múltiples genealogías. Y tampoco podríamos pregonarla, como los antiguos heraldos, trasegando en el corazón de nuestro presente su caleidoscopio de formas cambiantes, aquí ambiguas, allá transparentes, siempre sugerentes, trocándolas en cascadas de palabras vivas trenzadas en cadenas

³⁵ ἐμοὶ δὲ θαυμάσαι θεῶν τελεσάντων Πίτικα X, vv. 75-77.
οὐδὲν ποτε φαίνεται ἔμμεν ἄπιστον.

cargadas de sentido. Y entonces no sería μῦθος y sólo pertenecería al orden racional, desprendiéndose de la inmediatez que es su rasgo propio y eficaz.

Pero la verdad es que, sí, podemos. Y esa existencia se nos articula en secuencias que resumen los centros de fuerza de su transcurrir, los núcleos en que ella se ha ido adensando, los instantes mágicos que le han dado una significación más profunda, aquellos que han presenciado la conjunción del ahora y del siempre, permitiéndonos experimentar, en nuestra finitud, el espesor de lo infinito.

Allí están el comienzo y el fin; y lo que fue antes de ese origen, y lo que será después de ese fin, y también lo que está en medio de ellos, a lo largo del eje que los une. Están las vicisitudes del viaje, las empinadas y los derrumbes, los aciertos y los desaciertos, los triunfos y las desdichas, todo transformado en signos y claves simbólicas que piden ser descifradas y almacenadas como un tesoro. Y es tan denso e intenso el impacto que cada uno de esos puntos de fuerza comunica, que ya nada de lo trivial, ordinario, corriente tiene poder sobre nosotros. El arrebató del ser nos arroja hacia lo único que cuenta, dimensionándolo todo de acuerdo a la medida de lo absoluto. Y nuestras alas, aún sólo leve hinchazón apenas visible sobre la corteza del espíritu, rompen sus yemas abriéndose camino en el afuera, y empiezan a vestirse de plumas, como las de las almas que siguen el carruaje de los dioses en el Fedro de Platón.

La ὕβρις

La fragilidad de la condición humana hace que la senda que lleva a esa «existencia más fuerte» resulte a menudo impracticable, y que nos sea negado el acceso a ella. Frecuentemente hasta nos olvidamos de tener alas; o peor, si creemos tenerlas, la nuestra es sólo una presunción. Píndaro está perfectamente consciente de esta realidad que entorpece nuestros anhelos. Los espléndidos versos 49-53 de la *Pítica II* así lo revelan:

«Sólo el dios lleva a cumplimiento todo según sus esperanzas; el dios, que alcanza al águila en vuelo y sobrepasa al delfín en el mar, doblega a los mortales soberbios ³⁶ y a los otros les otorga gloria imperecedera. En cuanto a mí, conviene que huya de la desmesura, la de diente insaciable ³⁷ ».

Y los versos 21-23 de la *Pítica III* precisan a quién apuntan sus dardos:

³⁶ ὑψιφρόνων τιν' ἔκαμψε βροτῶν.

³⁷ δάκος ἀδινὸν κακαγοριᾶν.

«La especie más inútil ³⁸ entre los hombres es aquella que, despreciando lo que está a su alcance, anhela lo que está lejos, dejando que sus esperanzas irrealizables persigan fantasmas».

Bien sabe el poeta que el hombre debe conocer cuál es su puesto en el mundo, y desde allí proyectarse conjugando osadía y mesura. De otro modo el camino hacia lo alto le será negado.

«Si alguien de los mortales posee la vía de la verdad, debe alegrarse del bien que los bienaventurados les conceden. Los vientos que soplan en las alturas cambian sin cesar. (...) Pequeño en las cosas pequeñas, seré grande en las grandes ³⁹. Aceptaré en mi alma los mandatos de mi δάμιων, acomodándome a ellos de la mejor manera⁴⁰».

No se trata de abdicar de las esperanzas sublimes, sino de enrielarlas de acuerdo a la voluntad de aquel cuyo poder es infinito. Sólo así algo nuevo y bello le será otorgado, y el hombre volará, felicísimo, llevado por las alas de sus buenos deseos ⁴¹.

Y aquí el camino se trueca en vuelo si la ὕβρις no hace derrumbar las esperanzas reconduciendo la extrema osadía a los cauces ordinarios, y aún más abajo.

A modo de ejemplo, Píndaro, en una γνώμη aleccionadora, traza con extrema claridad el perfil de Belerofonte, el máximo héroe corintio. Este había sido agraciado con los presentes divinos, y sus deseos parecían estar acordes a los designios de los inmortales; pero de improviso algo hace desviar sus intenciones, y la caída deviene inevitable. Al leer la *Olímpica XIII*, estrenada precisamente en Corinto, podemos seguir paso a paso el desarrollo del drama. Sus ancestros, Sísifo y Glauco, ambos favoritos de los dioses, habían dado muestra de altivez y desmesura, y fatalmente estas irán a constituirse para él en un trágico legado. Desea lo indeseable: montar a Pegaso, el maravilloso caballo alado, hijo de Medusa⁴². A pesar de esto, los dioses continúan demostrándole su favor. Para que el deseo se cumpla, el joven héroe, siguiendo los consejos de un adivino, se tiende sobre el altar de Palas Atenea y, mientras duerme, ésta deja a su lado el mágico objeto (φίλτρον ἵππειον) que le permitirá domeñar la hermosísima bestia.

³⁸ φῦλον ματαιότατον.

³⁹ μικρὸς ἐν μικροῖς, μέγας ἐν μεγάλοις ἔσσομαι.

⁴⁰ *Pítica III*, vv. 103-111.

⁴¹ ἀβρότατος ...πέτεται ὑποπτέροις ἀνορέαις. *Pítica VIII*, vv. 126-130.

⁴² πόλλ' (...) Πάγασον ζεῡξα ποθέων ἔπαθεν.

«Como cosa ligera cumple la potencia de los dioses también aquello que parecía ir más allá de las humanas esperanzas. Y así el fuerte Belerofonte atrapó de un brinco el caballo alado, lo domó teniendo alrededor de su boca el encantamiento que aquieta, y montado en su dorso, ataviado con sus armas, ejecutó los pasos de la danza guerrera»⁴³.

Ingenuamente creyó haber sobrepasado el umbral de la gloria. En su euforia olvidaba de quién procedía su fuerza prodigiosa. Y seguirá olvidándolo, ufano de sí, aun después de haber obtenido una larga serie de éxitos. Será en la *Ístmica VII*, cantada en Tebas, lejos de la patria del héroe, donde Píndaro aludirá escuetamente a su terrible fin, concluyendo:

...τὸ δὲ πᾶρ δίκαν
γλυκὸ πικροτάτα μένει τελευτᾶ⁴⁴.

«Un final demasiado amargo
le sigue a la dulzura, cuando ella sobrepasa la justicia».

Las alas de Pegaso

No le fueron suficientes a Belerofonte la valentía y la audacia. Una vez más, como Sísifo, como Glauco, había intentado superar los límites de lo humano. Es el riesgo que corre quien se abandona a la ὕβρις; ella se apodera del hombre y en corto tiempo este ya no puede controlarla y rebasa toda medida. Mucho podríamos especular sobre las razones que habrían inducido al héroe a querer ingresar en el espacio reservado a los inmortales: curiosidad de saber si éste realmente existía; deseo de ser admitido a un círculo tan selecto, como un dios más; propósito de escuchar las conversaciones de los dioses y conocer sus designios; o cualquiera otra. Ninguna, por lo demás, válida, pues todas ellas estaban inspiradas en una arrogancia exasperada, y se fundaban en el deliberado desconocimiento de las barreras que separan los dos mundos, y de la diversa naturaleza y condición de quienes pertenecen a este o aquel. El alma del hombre puede tener alas; no, sin embargo, cuando ese hombre es altanero y se le escapa la realidad de su pertenencia a uno y no al otro. En el acto de entregarse a su descontrolada soberbia, Belerofonte demuestra que esas alas, que hasta ese momento lo han ayudado a cumplir cosas admirables y extraordinarias, no corresponden a su naturaleza propia; son las alas de Pegaso, y Pegaso es un presente de los dioses.

⁴³ vv. 83-86.

⁴⁴ vv. 64-65.

Poseer el sentido del límite es signo de sensatez y cordura. En la antigua Hélade, el límite, en la esfera del mito, no es tanto limitante cuanto definitorio. Se enmarca en el orden cósmico que fija cada especie en un espacio determinado, que es el suyo y le es dado en propiedad. Sobrepararlo significa volver al caos, desconocer la necesidad y la belleza de ese ordenamiento supremo que hace que cada cosa y cada ser desarrollen en plenitud su potencialidad llegando a ser lo que por naturaleza pueden y deben. Nada más y nada menos. Los límites no hacen sino configurar a los entes en su propio perfil, dignificar la categoría y el rango a que pertenecen, y procurarles la admiración y el reconocimiento de quienes los rodean. Acomodarse a ellos con obediencia y respeto es cultivar el brillo del propio ser que, en perfecta concordancia y armonía con los seres que constituyen su entorno, realiza la maravilla del cosmos. «Sé lo que eres» reza una antigua γνώμη, y en verdad resultaría monstruoso llegar a ser «lo que no se es». Por eso, Píndaro, que calla prudentemente los detalles del triste destino de Belerofonte tras la hazaña impía que borraría la memoria de una larga serie de acciones beneméritas, se deleita en celebrar la conducta de Pegaso. Este se ha dejado domesticar por un jinete humano, acogiendo dócilmente la voluntad de los dioses, y ha colaborado con él mientras su accionar se ha mantenido acorde a las leyes divinas, pero en el momento del desvarío no ha vacilado en dejarlo precipitar desde lo alto con las consecuencias que conocemos.

ὁ τοι περόεις ἔρριψε Πάγασος
 δεοπόταν ἐθέλοντ' ἐς οὐρανοῦ σταθμούς
 ἐλθεῖν μεθ' ὀμάγυριν Βελλεροφόνταν
 Ζηνός.

«Pegaso, el caballo alado, lanzó abajo al amo
 Belerofonte que quería alcanzar las moradas
 del cielo y penetrar los designios de Zeus»⁴⁵

canta Píndaro gravemente; y le hace eco Horacio⁴⁶:

...*exemplum graue praebet ales*
Pegasus terrenum equitem grauatus.

«...un duro ejemplo ofrece el alado
 Pegaso cargado con el jinete terrenal».

Es por este acto de justicia que el espléndido animal obtiene el galardón que le es debido:

⁴⁵ *Ístmica VII*, vv. 63-66.

⁴⁶ *Carmina IV*, 11 vv. 26-27.

χὼ μὲν ἀποπτάμενος προλιπὼν χθόνα, μητέρα μήλων,
 ἵκετ' ἐς ἀθανάτους, Ζηνὸς δ' ἐν δώμασι ναίει
 βροντήν τε στεροπὴν τε φέρων Διὶ μητιότεντι.

«Alzándose en vuelo, abandonada la tierra, madre de rebaños,
 llegó hasta los inmortales, y habita en las moradas de Zeus,
 portando al prudente soberano el trueno y el relámpago».⁴⁷

τὸν δ' ἐν Οὐλύμπω φάτναι Ζηνὸς ἀρχαῖαι δέκονται.

«en el Olimpo lo acogen los antiguos establos de Zeus»⁴⁸.

El secreto del ala

¿Cuál es, pues, el secreto del ala? Hay alas para ascender, y alas para descender. En el desplazarse a lo largo de ese eje que une los ὕπατα y ἔσχατα, los dos extremos, se resume la vida del hombre; y no es de extrañar que los dos términos puedan significar a la vez «lo más alto» y «lo más bajo». Lo que cuenta, en el fondo, es la voluntad de imprimirle al desplazamiento la dirección acorde al anhelo del alma. Y si es verdad que, según una antigua creencia, «cuando el hombre corre hacia su ruina, el dios lo empuja», aún más es verdad que ese mismo dios parece esperar con ansiedad que desde ese abismo el hombre, haciendo acopio de todas sus fuerzas, muestre la voluntad de remontarse hacia la cumbre, para tenderle entonces las manos y hacerle leve el camino. Y el descenso no parece ser otra cosa que el momento anterior y preparatorio, diríamos casi propedéutico, del ascenso. Es propio de la φύσις humana, tender a la conjugación de esos dos movimientos.

Si pensáramos a ese camino como una θεωρία, y al que lo emprende como un θεωρός, podríamos imaginar el movimiento hacia abajo como el tiempo de la bajada a las profundidades del alma, de la toma de conciencia del propio ser en su peculiar e irrepetible individualidad. Allí caben todos los cuestionamientos, todas las interrogantes, todas las vacilaciones; y se prolonga hasta que estemos preparados para reconocer y mirar cara a cara la meta que nos ha sido fijada, y hacerla nuestra. La verdad, nuestra verdad, se nos hace entonces manifiesta. En su aceptación, en su asimilación, y finalmente en su proclamación, el hombre descubre su identidad. Su alma húmeda -si seguimos la meditación heraclítea-, al calor de esa adhesión cada vez más firme y segura, se torna seca hasta transformarse en fuego vivo. Y entonces el camino hacia arriba se le abre de par en par, y ningún obstáculo ya entorpece su vuelo. Está listo para mirar cara a cara a

⁴⁷ HESÍODO, *Teogonía*, vv. 284-286.

⁴⁸ *Olímpica XIII*, v.104.

lo absoluto, ab-suelto él mismo de todo lazo que lo ancle a lo perecedero. Es esta la coronación de esa «existencia más fuerte» que la potencia de las alas del alma le ha regalado.

Towards “a stronger existence”

The current work stems from some verses by Pindar, and aims at being a meditation on man’s journey towards the divine, the ultimate goal of all ascent, seen through the optics of myth.

The mythic hero, in his attempt to reach blessedness and glory, swings between rise and fall. His yearnings will be crowned by success, as long as, casting aside all that interferes with his progress, he recognizes himself as of saintly lineage and practices the codes of a “stronger existence”, allowing the forces of the sublime to act upon him.

After the introduction, in which she reflects upon Pindar and myth, the author’s thinking follows into these steps: inaccessibility of the divine, the common origin of men and gods, the sacred kin, the wonderful path, the wings of the soul.